

# El poder formativo del arte y la literatura

## Un proyecto educativo que conjuga la ética y la estética

Profesora Elva Espinosa Nordelo<sup>1</sup>.

Algunos autores han destacado que, en su opinión, la obra de arte -plástica, musical o literaria- una vez terminada, se independiza del autor y posee una especie de “autonomía” propia, con lo cual la categorizan como un objeto<sup>ii</sup>; es decir, una realidad situada en tiempo y espacio, asible y mensurable. Y por supuesto que es todo eso; pero las personas también tenemos todas esas características y nadie dirá que somos simples objetos. ¿Será entonces que una obra de arte tiene condición de sujeto? Tampoco nadie afirmará eso<sup>iii</sup>; ¿entonces? Si no es objeto ni sujeto, ¿cómo se le puede caracterizar?

El filósofo y profesor universitario español Don Alfonso López Quintás propone, para este tipo de realidades, el término de “ámbitos” y considera como la característica distintiva de los mismos, el ofrecer diversas posibilidades de entablar con ellas una relación fecunda y creativa, a la cual da el nombre de *encuentro*. Para mostrar un ejemplo muy sencillo, un pianista puede preguntar dónde está la Quinta Sinfonía de Beethoven y entonces alguien le entrega la partitura; pero ¿la partitura *es* la Sinfonía? Realmente, esta aparece sólo cuando el músico se sienta al piano y comienza a interpretarla. Entonces, se establece una relación de naturaleza muy especial entre el intérprete y el instrumento –que a menudo es, en sí, una obra de arte también-; pero además, tiene lugar una importante relación entre la melodía interpretada y el público que la escucha y en el cual suscita emociones particulares –y no sólo goce estético-. Por último, en esta especie de “campo de juego” que se ha formado, está presente también ¡cómo no! el compositor, fallecido hace casi dos siglos. Es esa estrecha relación recíproca entre todos los factores mencionados, lo que se conoce como *ámbito de realidad*. Esto es aplicable a otras creaciones artísticas como poemas, novelas, pinturas, películas, etc.

Don Alfonso López Quintás, formado en la escuela filosófica de Romano Guardini, es Catedrático Emérito de Filosofía (Sección de Estética) de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas. Pertenece al Consejo Director de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía. Ha publicado más de 30 obras aplicadas, en su mayoría, a la investigación filosófica y, como fruto de esta, a la formación integral de las personas y al proyecto educativo conocido como Escuela de Pensamiento y Creatividad, cuyo principal objetivo es el de enseñar a pensar con rigor y vivir de forma creativa, formando de esa manera auténticos líderes de opinión.

**El ser humano carece de instintos que orienten de modo seguro, más o menos fijo e invariable, su actividad; en todo momento debe elegir y, al optar entre las diversas posibilidades que se le ofrecen, va creando su mundo.**

La lectura de obras literarias ¿puede contribuir a modelar nuestra forma de ver la vida y orientarla por una vía fecunda, o se trata sólo de un mero pasatiempo para los ratos de ocio? Las obras de calidad, indudablemente, distraen al lector, al permitirle salir del plano de la vida cotidiana y sumergirse en la trama de otras vidas. Pero esa trama no se reduce a una mera cadena de hechos; es todo un tejido de ámbitos de vida, enlazados por una lógica interna, que puede ser constructiva o destructiva. La cadena de hechos constituye el *argumento* de una obra; el tejido de ámbitos, es el *tema* de la misma. De igual manera, casi siempre es fácil captar el *significado* de un pasaje (a menudo muy obvio); pero sólo una lectura inteligente y activa es capaz de captar el *sentido* del mismo, oculto detrás de las meras palabras.

Un ejemplo muy conocido para todos nuestros lectores, desde su infancia, es el antológico pasaje del cuento infantil –y dibujo animado- *Pinocho*, en el cual al muñeco le crece la nariz, lo cual significa que ha dicho una mentira (ese es el significado, que constituye pura fantasía). Pero, ¿qué sentido oculto hay tras ese desmesurado crecimiento del apéndice nasal, que desfigura por completo su rostro? ¿No nos estará queriendo decir el autor de la obra que, al tratar de engañar a los demás y crear una falsa imagen de nuestra realidad, nos alejamos cada vez más de

la condición de personas? (Recuérdese que alcanzar esa condición, es la meta de Pinocho: la mentira le aleja de su objetivo).

Para descubrir esta clave, López Quintás nos propone leer las obras “por dentro”, como si fuéramos el mismo autor que la va creando. En este caso, se puede decir que el lector la re-crea y, por tanto, el proceso de lectura se convierte en una actividad creativa y, por lo mismo, formativa. Vista a la luz que desprende este tipo de lectura, la obra, lejos de reducirse a contarnos una historia lejana y más o menos entretenida, nos puede descubrir nuevas formas de orientar nuestra existencia. Se trata de una forma honda y fecunda de ver las obras literarias (y también las cinematográficas, por supuesto).

El arte consigue sus obras más logradas –siempre según este autor- integrando siete modos de realidad distintos: los materiales aislados, los materiales engarzados entre sí; los materiales estructurados; los contenidos expresados a través de tales materiales; los ámbitos de realidad plasmados en los medios expresivos; la emotividad que suscita tal plasmación y que no sólo afecta al contemplador<sup>iv</sup>; y el entorno vital en el que surgió la obra y del que recibe su plenitud de sentido<sup>v</sup>.

Desde hace años, el arte se halla sometido a un proceso de erosión debido a la caída en el reduccionismo; por otra parte, las sociedades humanas actuales parecen encontrarse en una situación de encrucijada representada entre otros factores por la globalización y la mentalidad post-moderna, que puede constituir tanto un trauma de crecimiento como de disolución. Ambas circunstancias confieren al tema de la formación por el arte y la literatura una relevancia singular y justifican el esfuerzo de hacer justicia a la complejidad y riqueza que encierra, tanto desde el punto de vista gnoseológico como axiológico y, en suma, antropológico. La formación integral como personas plantea no sólo problemas prácticos, sino también teóricos: formar una realidad como la humana, que no viene del todo determinada por la especie, sino que debe hacerse y configurarse a sí misma en su relación con el entorno, se presenta como una tarea difícil y arriesgada. El ser humano carece de instintos que orienten de modo seguro, más o menos fijo e invariable, su actividad; en todo momento debe elegir y, al optar entre las diversas posibilidades que se le ofrecen, va creando su mundo. Debe ser, por tanto, doblemente *responsable* (del latín *respondere*): ser capaz de *responder a* una situación, una invitación, etc., y de *responder de* las consecuencias de su elección.

Se ha afirmado que la cultura es el modo como el hombre modela la naturaleza, convirtiéndola en su mundo peculiar. Para López Quintás, sin embargo, el término incluye más bien aquello que la persona hace para realizarse plenamente como tal. Si esta actividad tiene por único fin imponerse sobre el entorno, no puede considerarse como cultura en el pleno sentido de ese término, pues tal forma de dominio no permite al hombre vivir cabalmente como persona, género de vida que exige ineludiblemente el encuentro, entendido como entreveramiento de ámbitos de vida. Desde su punto de vista, una obra plástica, musical, literaria o cinematográfica que no nos incita a crear vínculos fecundos con ella, sino incluso al contrario, debe ser considerada como contracultura.

La experiencia estética, elaborada con su teoría de los “ámbitos”, el encuentro, los niveles de realidad y de conducta, posee un poder formativo insospechado –y, por lo mismo, mal aprovechado- porque nos permite ver la vida de una forma más profunda y penetrante, dinámica y relacional. Esta nueva visión nos capacita para comprender la condición *relacional* de la obra de arte, superando así el subjetivismo, sin caer en el objetivismo y nos permite determinar con precisión el tipo peculiar de realidad que presentan el arte y la literatura, descubrir el alcance de la música y captar la afinidad que existe entre las vivencias estéticas y la ética –y también entre aquellas y la experiencia religiosa, en el caso de las personas creyentes. La actividad artística ejerce una función de clave hermenéutica en lo que se refiere a la relación activo-receptiva del ser humano con el entorno, es decir, a la lógica de la creatividad. Esta actividad, en todas sus vertientes (creadoras, re-creadoras o interpretativas y contemplativas), presenta un carácter *lúdico*. Por su parte, la actividad lúdica se caracteriza por una rigurosa articulación interna que depende, precisamente, del carácter creador del juego. Tal vez el mejor ejemplo para ilustrar este aserto sea la interpretación musical: el intérprete se sumerge en la obra (vista como un campo de posibilidades de “juego” artístico) de modo activo-receptivo; la asume como propia; la interioriza sin fusionarse con ella y establece una relación de presencia a través de elementos como partitura, instrumento(s), técnica, etc.

Para lograr formas elevadas de unidad con las realidades valiosas del entorno, debemos aprender a integrar modos de realidad distintos. Ese aprendizaje constituye una de las tareas decisivas de la formación humana.

Descubrir el valor de varias realidades o acciones distintas, establecer entre ellos una jerarquía según su rango y conceder la primacía a los más elevados, entraña una dificultad, porque implica un cierto sacrificio y, desde que nacemos, estamos oyendo decir que todo sacrificio implica una represión que bloquea el normal desarrollo de nuestra personalidad<sup>1</sup>. Y, sin embargo, una ley o constante de la vida humana nos dice que, para lograr un valor superior, siempre debemos renunciar a valores inferiores. Por tanto, si yo prescindo de un valor para conseguir otro que considero superior, no me estoy reprimiendo, sino que me estoy realizando como persona. Vale citar aquí el ejemplo de la orquesta o del coro polifónico: sólo la articulación perfecta de todos los elementos que entran en juego (distintos instrumentos, distintas voces) permite la armonía de conjunto y el logro de resultados perfectos (una magistral ejecución).

El ser humano sólo puede conocer a fondo los valores éticos y estéticos si funda con ellos relaciones de compromiso creador, que son fuente de sentido. Establecer con un mínimo grado de nitidez las relaciones precisas entre la Ética y la Estética constituye una tarea compleja y difícil, pero necesaria, porque abundan quienes afirman que ambas esferas de valores son totalmente independientes y carece de sentido, por tanto, toda pregunta sobre moralidad o inmoralidad de una obra de arte en cuanto tal. Y, sin embargo, este no es el único elemento a tener en cuenta, ni el principal: lo decisivo es precisar si el arte, en su estructura misma, puede ser ético o no ético, si realmente nos eleva de los planos más bajos de realización personal a los más altos; porque todos los valores son inseparables de la persona que los vive y, por lo tanto, cobran su plenitud de sentido sólo en el proceso humano del crecimiento personal: ¿qué significan la Ética y la Estética en el desarrollo de la personalidad humana? He aquí la pregunta decisiva. La respuesta de la autora de estas líneas coincide con la del profesor López Quintás: La experiencia estética nos puede ayudar a descubrir la riqueza de la experiencia ética. En buena medida, la Estética constituye una asignatura pendiente en los planes de formación; es una grave laguna que deberemos llenar pues, como formula la Academia Francesa, “La creatividad es la palabra clave de la cultura actual”.

El profesor D. Alfonso López Quintás visitó nuestro país en julio de 2002, invitado por el Centro Juan Pablo II. Durante su estancia, sostuvo reuniones de trabajo con la autora de estas líneas, para examinar la marcha de las actividades de la Escuela de Pensamiento y Creatividad, impartió varias conferencias (en las ciudades de La Habana y Cienfuegos) y realizó un recorrido por el Centro Histórico de la capital. Las fotos que acompañan este artículo, corresponden a esa visita.

---

<sup>i</sup> Asesora Pedagógica del Centro de Bioética Juan Pablo II. Jefa de la Cátedra Don Alfonso López Quintás, de dicha institución. Desde 1999 introdujo en nuestro país el proyecto educativo de la Escuela de Pensamiento y Creatividad.

<sup>ii</sup> Es la opinión de alguien tan autorizado como el escritor y filósofo existencialista francés J. P. Sartre (Cf. Sartre, JP Escritos sobre literatura, Alianza Editorial, Madrid, 1985)

<sup>iii</sup> Sin embargo, el eminente esteta francés M. Dufrenne afirmó que la obra artística “es un quasi-sujeto, por cuanto presenta cierta iniciativa” (Cf. Dufrenne, M Fenomenología de la experiencia estética, PUF, París, 1959)

<sup>iv</sup> Antes bien, pertenece en buena medida a la obra misma; decimos por ejemplo, con toda razón, que la música gregoriana es serena, elevada y trascendente y la de Bach apasionada, dramática y tierna a la vez.

<sup>v</sup> Cf. López Quintas, A. La formación por el arte y la literatura, RIALP, Madrid, 1993.

---

<sup>1</sup> Tal vez la mayor tragedia de nuestro tiempo sea la pérdida masiva del espíritu de sacrificio.